

Propuesta de Comunicación: **I Congreso internacional de la Red española de Filosofía. Los retos de la Filosofía en el siglo XXI**

Sección Temática: 3. Ética

Autor: Enrique Herreras Maldonado

Doctor en Filosofía. Profesor de Ética y Filosofía Política

Universitat de València

enrique.herreras@uv.es

eherrerasm@telefonica.net

Socialismo y Ética de la Economía

La presente comunicación se enmarca en una serie de trabajos que surgen de la necesidad de replantear el concepto de *Socialismo* a raíz de los cambios que se perciben en este inicio del siglo XXI.

Ya hace algún tiempo que Adela Cortina lanzaba una pregunta de la siguiente manera: “Bueno, pero, ¿qué es el Socialismo?” Venía perfilar la catedrática de Ética la necesidad de una izquierda sin dogmas y un socialismo procedimental. Dentro de esas descripciones se trataba de dar cuenta de una *concepción moral* –como el liberalismo ralswiano– que alumbrara los procedimientos que debe seguir una comunidad política para llegar a normas justas. De ahí que el socialismo debiera reducir antiguas pretensiones de llegar a ser una cosmovisión, para diseñar aquellos procedimientos que puedan encarnar al modo socialista valores de autonomía, igualdad y solidaridad.

En estos momentos siguen surtiendo preguntas, como la que se perfila en esta comunicación. Es decir, una cuestión relativa a la percepción socialista teniendo en cuenta las consideraciones abiertas por la Ética aplicada a la economía.

Un primer paso consistirá en repasar dicha tradición socialista y, a partir de ahí, ver si las reflexiones de la Ética Económica pueden servir para cambiar algunos aspectos de dicha tradición, sin dejar de lado asuntos básicos que definen un enfoque socialista. Aspectos que, resumidos, vendrían a señalar la necesidad de un Estado de justicia frente a las desigualdades sociales. Una necesidad que está también en consonancia con teorías liberales, como la de John Rawls.

Marx criticó a los economistas de su tiempo ya que, según él, éstos suponían que las condiciones de producción del capitalismo se podían atribuir a todas las formas de economía. La cuestión es clara: dichos economistas partían del propio interés y afán de lucro como características naturales del hombre. Con el tiempo, la socialdemocracia aceptó las reglas básicas del capitalismo, pero manteniendo una visión negativa de la economía, por lo que era necesario regular ésta desde el Estado.

Las actuales visiones socialdemócratas se siguen sustentando en restablecer el equilibrio entre mercado y Estado. Pues su eje sigue siendo redistribuir la riqueza a través de políticas públicas. Sin embargo, el fenómeno de la globalización está propiciando una crisis del Estado del bienestar auspiciado por la socialdemocracia y algunas corrientes liberales. Al mismo tiempo es constatable que el neoliberalismo, desde hace ya varias décadas, está triunfando, frente a la socialdemocracia, en muchos campos de acción, y también en lo referente a la “hegemonía cultural”.

Y son muchos los socialdemócratas que comparten hoy la idea de que al fin la economía de mercado ha alcanzado un estado de perenne estabilidad. De facto se apuesta por políticas sociales, pero se acepta la visión económica neoliberal como única posible. Pero si es la única posible difícilmente se puede reformar, y, al mismo tiempo, la globalización hace que los estados no sean tan fuertes como en otras épocas. Un hecho que tiene que ver con muchas y variadas circunstancias, pero también con

romper con la tradición socialista, es decir, con no seguir indagando los síntomas (los nuevos síntomas) para encontrar renovadas soluciones.

Por todo ello, vemos necesario hallar renovados caminos que vayan más allá de las siempre necesarias políticas públicas. El actual pensamiento socialdemócrata no debiera perder de vista el filón de reflexión y de realidad práctica que se ha abierto a raíz de los nuevos modos de entender la economía. Una perspectiva que no opone equidad con la eficacia, porque, si entendemos que el fin social de la economía es la satisfacción de necesidades humanas, la equidad se convierte en una de las condiciones que hacen posible una verdadera eficacia.

El papel de la Ética es reorientar la actividad económica (hacia su propio fin). Es en dicho contexto en el que se recupera la teoría aristotélica (que diferencia economía de crematística) y la de A. Smith, quien, a pesar de la “mano invisible”, no separa ética de economía. Pasos previos para llegar a la reconceptualización de la racionalidad económica planteada por Amartya Sen: “el fin de la economía es crear las condiciones para que las personas tengan oportunidades reales de elegir libremente el tipo de vida que les gustaría vivir”.

A todo ello se añade la reivindicación del papel de la sociedad civil, considerada como parte fundamental en los nuevos modelos económicos que están rompiendo con el paradigma del *homo economicus*.

Así, pues, la ética económica, en sus diferentes dimensiones, y a pesar de sus controversias, está abriendo campos de deliberación que pueden ayudar a encontrar nuevas respuestas socialdemócratas ante los actuales retos económicos y sociales.

Todo esto entronca claramente con la apreciación de que el motor socialista (ético) debiera de ser el mismo: la justicia social y la profundización de la democracia. Un norte que no hay que perder, y la mejor manera de no perderlo es volver a analizar la realidad.